

7 – La Sauvetat o el regreso al pasado. Saint Saturnin y su perfecto Románico. Paseando por el Puy de Dôme con su naturaleza y volcanes. Clermont-Ferrand entre el Gótico y el Románico. Las pequeñas Chauriat y Chas.

LA SAUVETAT



El día siguiente amanecía cálido, claro y la mañana derrochaba nuevamente la hermosura de julio. Por una carretera, paralela a la A75, atravesé una amplia llanura enmarcada por tierras fértiles y cultivos de cereales y vides. Al salir a las calles de la población sentí la calidez del sol de la mañana en la cara, de nuevo haría un día abrasador. La Sauvetat parecía un pueblo de campiña con viviendas de agricultores bien conservadas y en las plazas o cruces de las calles numerosas fuentes adornan el pueblo.

No sabía lo que me esperaba, había leído poco de la población, pero pasados los barrios exteriores distinguí, desde lejos, la imponente presencia de un torreón que dominaba una zona fortificada en magnífico estado. Las casas de viticultores se veían unidas a la muralla perimetral con pisos en cavidades que sirvieron en la edad Media como refugio. Estas cuevas se convirtieron en el siglo XIX en cavas para enólogos y en viviendas los pisos situados por encima de las bodegas.

Una puerta fortificada me dio acceso a su interior, y a pesar de que en el transcurso de mis rutas he visto muchos lugares sorprendentes, en pocos viajes he tenido ante mis ojos un lugar semejante. Un rincón de gran autenticidad, sencillez y homogeneidad en materiales de construcción con la arenisca rubia de Montpeyroux. No había elementos modernos, puertas y ventanas tenían una pátina de tiempos pretéritos, solo los canalillos de los tejados marcaban un espacio “actual” en su arquitectura. Tampoco comercios ni turismo, el lugar permanecía vacío y silencioso.



El pueblo existía dentro de una burbuja de encantamiento y sentía como si el pasado y el presente se mezclaran entre sí; era como si mirase directamente al pasado a través de mi presente. La escena habría podido ser la misma centenas de años antes, o incluso hasta remontarse a la época de la edad media y conservarse como un lugar donde ni si quiera el tiempo, el gran destructor, se había atrevido a entrar.

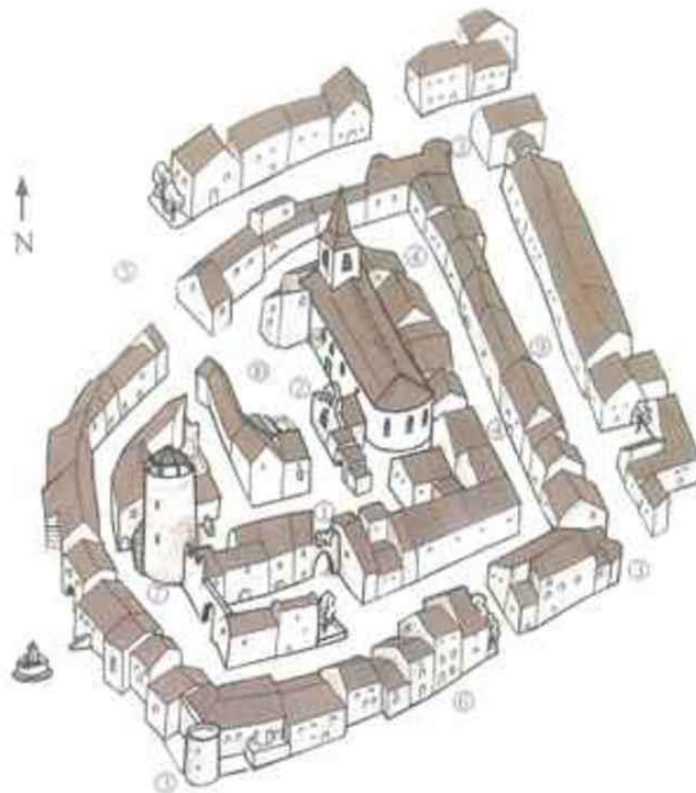
El plan general del pueblo se ha guardado notablemente, siendo el característico de la organización de una aldea medieval. Caminando por el laberinto de callejones, donde allí no parecía haber nadie, descubría casas que eran un testimonio de la actividad vitivinícola pasada y donde unas pocas familias, aun con la ampliación a los barrios exteriores, no han abandonado el lugar de sus ascendientes y los han conservado y restaurado con devoción por la herencia recibida. Además de las puertas fortificadas, calles o casas, el elemento más destacado era la torre del s.13 que se eleva a 24 metros y tiene cuatro niveles. La capilla de los Hospitalarios en el s.19 se trasformó y amplió en una iglesia, la de San Juan Bautista, con la antigua capilla de los hospitalarios siendo aprovechada como transepto.







La fundación del pueblo probablemente se remonta al año 1293. El desarrollo de la aldea se vio reforzado por la llegada de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, orden religiosa y militar, que establecieron una comandancia. Con el tiempo los Hospitalarios consolidaron su posición, haciéndose cargo de la organización de defensa colectiva de la región y construyeron un fuerte alrededor de la comandancia. Esta fortaleza envolvía al pueblo con dos recintos, estando el exterior flanqueado por 8 torres, de las que hoy quedan tres. La comandancia dibujaba una forma rectangular alrededor de la torre cuadrada, una capilla y un patio. Este conjunto fue completado por una torre redonda que todavía domina el pueblo. El comandante de los hospitalarios ejercía la administración y justicia, al tiempo que los habitantes encontraban refugio y seguridad allí durante los siglos 14 y 15.













SAINT SATURNIN



En Saint Saturnin el campo circundante ofrecía un paisaje agrícola y vitivinícola, al tiempo que de preservada naturaleza. Estacioné en un parquin detrás de la oficina de turismo, un lugar amplio con mesas de picnic, tranquilo y acogedor. No había nadie más y seguía siendo un día sofocante.

Saint Saturnin está en las lindes de les Monts Dôme y el macizo de Sancy con un atractivo conjunto de callejuelas pintorescas rodeadas de hermosas casas campesinas, lavaderos, un castillo feudal, la plaza donde se encuentra una magnífica fuente renacentista del siglo XVI y sobre todo la magnífica iglesia románica del s.12. todo un catalogo de atractivos que se descubrían paseando por sus calles y que conformaban un conjunto sereno y armonioso.

Tras pasé un arco medieval que me condujo por calles donde las casas se apiñaban al pie de la fortaleza y se encaramaban por la colina, lugar donde asomaba la gran mole de la iglesia. En las calles pequeñas, aseadas y tranquilas se alineaban fachadas de varios estilos, unas medievales de piedra rubia, otras casas blancas y cuadradas con jardines o macetas de flores. En aquel lugar también reinaba un absoluto silencio.





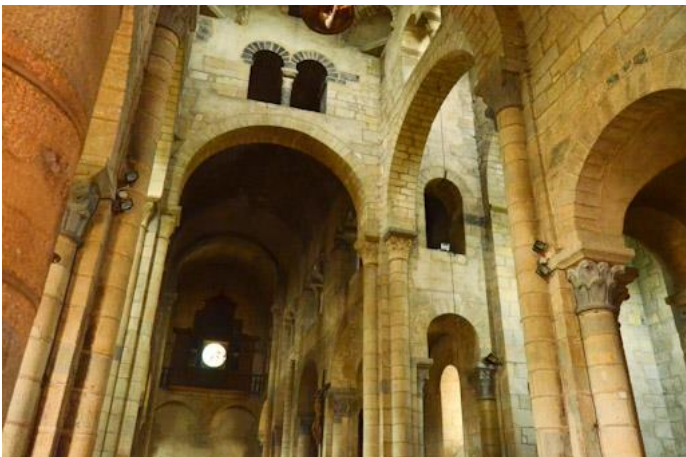




La iglesia, al igual que el castillo, ocupa la cresta de la cumbre de una prominencia, siendo la más simple y pequeña de las principales iglesias románicas de Auvernia. No había capillas radiales junto a su cabecera exterior y se distinguían perfectamente sus volúmenes formando una estructura piramidal. Me detuve antes de entrar y mire hacia arriba admirando la torre que emergía perfectamente enmarcada en el cielo azul intenso. El campanario octogonal románico es el único original que se conserva, junto al de Orcival, de las grandes iglesias románicas de Auvernia.

Había entrado silenciosamente en la catedral, que estaba abierta, y observaba la extensa nave con sus hileras ordenadas de arcos y columnas que se repetían a intervalos precisos y regulares transmitiendo una sensación de vacío, como si la cúpula estuviese colgando. La sala parecía cavernosa, paredes y columnas ascendían de forma vertiginosa hacia un techo abovedado, donde a primeras horas de la tarde la luz entraba por las ventanas e iluminaban, bien definidos, los contornos curvos o angulares de su arquitectura. Los capiteles estaban maravillosamente esculpidos y poseía una hermosa cripta, que alberga una piedad policromada del s.15 rodeada de San Juan y Santa Magdalena. La decoración del coro era también muy simple, un alto altar de madera dorada y una capilla con las figuras de Enrique IV y Marguerite de Valois. La reina Margot era agasajada como dama de Saint Saturnin.







La Iglesia de Nuestra Señora de Saint Saturnin data del siglo XII y construida en piedra de lava es de estilo románico. Es una de las cinco grandes iglesias importantes de Auvernia junto a la Basílica de N-D- du Port en Clermont-Ferrand, la Iglesia de ST- Austremoine de Issoire, la Basílica de Nuestra Señora de Orcival y la Iglesia de Saint-Nectaire.

La fortaleza de Saint Saturnin, después de importantes trabajos de restauración, es un testimonio de la arquitectura militar de la Edad Media. Aparecía rodeada de jardines de estilo francés y grandes torres redondas, que fueron recortadas por orden de Richelieu. Fue la residencia de los barones de La Tour-d'Auvergne, que pasaron a ser los Condes de Auvernia. Fue de esta familia de donde vino Catalina de Medici, hija de Lorenzo II de Medici (la poderosa familia de Florencia) y Madeleine de la Tour- D'Auvergne, convertida en reina de Francia a través de su matrimonio con Enrique II. De ahí la influencia real en Auvernia de los Valois y de los Borbones, a través de la boda de Marguerite con Enrique de Navarra y el hijo de ambos Luis XIII.

Permanecí el resto del día en este lugar. Tenía previsto subir al día siguiente al Puy de Dôme y opté por usar el parquin de la oficina de turismo como lugar de pernocta. Llevé mi libro a una tranquila plaza y me senté en un banco público, a la sombra de la iglesia, mientras la noche me iba envolviendo.







PUY DE DÔME



Había salido temprano de Saint Saturnin y me dejaba llevar por el GPS con las coordenadas del Col de Ceyssat. La carretera era de montaña, bosques frondosos con olores a resina me rodeaban, vueltas o curvas, subidas y bajadas constantes parecían alejarme de la meta. En el Col de Ceyssat (1.078 m), situado en un bosque de pinos, había un parquin donde el calor de julio y siendo sábado había animado a acudir a los visitantes. El despejado amanecer había dejado paso a un día de pequeñas nubes blancas que cubrían a ratos el cielo azul.

Desde el Col comienza la llamada vía romana, erigida para que subiesen los carros cargados con las piedras para la construcción del templo de Mercurio que se levanta en su cima. El camino se elevaba rápidamente en una sucesión de curvas cerradas, cada una numerada, que permitían hermosas vistas sobre un horizonte verde, flamante y vivo donde los pinos daban profundidad a las laderas de los conos volcánicos. Y pronto, sin darme cuenta, llegué a una cima con feas construcciones de cafeterías, la estación del tren y tiendas de souvenirs. Había un recorrido, acondicionado y poco natural, jalonado de mesas de orientación que permitían disfrutar plenamente de la belleza paisajista. La alta torre del observatorio es un elemento característico que identifica al Puy Dôme desde cualquier lejano lugar.









En aquel día soleado, y con un cielo salpicado de nubes blancas, el viento era cálido y los aires estaban repletos de los susurros de los visitantes. Desde lo alto podía contemplar la vasta extensión que ocupaba el parque natural de Monts Dôme y allá arriba, en el espacio, tenía la sensación de que podía elevarme en el aire y salir volando, como los parapentes que admiraba, a través de un caos de formas curiosas de las colinas volcánicas que se percibían solas o en grupos desordenados. Pero era feliz con solo permanecer allí admirando la vasta extensión que ocupaban aquellos círculos concéntricos de decenas de conos volcánicos.

Hacia el Sur los volcanes de Puy Mercoeur, el Puy Poucharet o el Puy de la Vache, entre otros aparecían cubiertos de densos bosques de hayas y coníferas que ocultaban parcialmente los cráteres. Y a lo lejos, envueltas en nimbos, se vislumbraba los contornos de las colinas de la Banne d'Ordanche y el Puy de Sancy, que visitaría días mas tarde. Al Norte vi colinas bajas, que eran las llanuras donde se hallaban los volcanes del Puy de Pariou, Puy de Côme o Puy des Goules, que desprovistas de bosques aparecían rodeados de landas y mantos de hierba muy verde e iluminada por el sol intermitente. Las sombras que provocaban las nubes parecían seres oscuros que se desplazasen por la planicie, provocando mágicos fenómenos ópticos. Al Este la mirada se extendía por la calcinada llanura y a media distancia, como algo indefinido y blanquecino por la bruma, se vislumbraba la ciudad de Clermont-Ferrand.







Símbolo del departamento el puy de Dôme es, con sus 1.465 metros de altitud, el volcán más alto de la cadena de los Puys. En lo alto se eleva un observatorio meteorológico, con su reconocible torre, y las ruinas de un templo galorromano dedicado a Mercurio, lo que identifica a esta montaña como un lugar sagrado ya en época romana. También un centro de información con documentación turística o de rutas y que alberga, entre otras cosas, una interesante sala dedicada a la vulcanología con maquetas, fotografías, planos, textos y librería.

El puy de Dôme también es un destino apreciado por los aficionados al parapente que lo utilizan como lugar de vuelo. Había decenas de ellos y era agradable sentarse en la zona de despegue, un prado natural e inclinado, y observar las maniobras en el aire de estas formas multicolor.

Una vez alcanzada, y disfrutada la cima del Puy de Dôme, proseguí con la exploración de la zona. De la meseta partían varios senderos balizados, que informaban de hermosas rutas de senderismo turístico por los volcanes del Monts Dôme. El Puy de Pariou es uno de los favoritos entre los excursionistas, debido a la forma perfecta de su cráter y su fácil acceso, que lo convierte en una ruta familiar. Para proteger el entorno, de la erosión humana, los caminos se hallaban limitados por postes y cuerdas.





La ruta pasaba al borde de la vía férrea que sube a la cima, para posteriormente iniciar el descenso por un camino escalonado con tablones de madera que conducía al fondo en sinuosas curvas. Pasado el Petit Puy de Dôme el camino continuaba por los fáciles senderos de la imaginación, no necesitaba buscar el camino y podía dejar que mis pensamientos se enredasen y desenredasen libremente, al tiempo que mi mirada se desplazaba entre un magnífico paisaje dominado de verdor. Me maravillaban los campos y el olor a flores, los pájaros, o llegar a una bifurcación y leer en los letreros con la información de las diferentes rutas.

Una suave pendiente escalonada, y rodeada de prados de hierba, me subió por las laderas del Puy de Pariou a 1209 m. En su interior se vislumbraba el cráter, numerosas familias visitaban el lugar y las vistas del Puy de Dôme eran espectaculares. El sendero llevaba a su interior donde destacaban las formas de hitos de piedra que levantaban niños y adultos. Nunca había estado en el interior de un cráter volcánico.

Después de descansar, y disfrutar del ánimo general de las familias y la alegría infantil, la ruta me llevaba al Cliersou, al Puy de Côme y el Crand Suchet. El sendero tamizado de madera, junto con la gente, desapareció y empecé a avanzar por las delicadas colinas de orondo tapiz de hierba, teniendo como único cómplice el panorama inagotable de paisajes que se extendían del Puy Dôme al Puy Pariou. La magnífica ruta me condujo, rodeando el Puy Dôme y atravesando un bosque, de vuelta al Col de Ceyssat.











CLERMONT-FERRAND



Era tarde cuando regresé al col de Ceyssat, y tras coger agua para la autocaravana de una estupenda fuente de agua mineral, empezó la búsqueda de un lugar para pasar la noche, ya que el parquin del col estaba prohibida la pernocta. Al día siguiente era domingo, el mejor momento para visitar la gran ciudad de Clermont-Ferrand. Estacioné en un parquin de Royant, una barriada de Clermont que surgió como balneario en el s.19 y se encuentra en una posición más elevada y aireada que la gran ciudad.

Dando un paseo al atardecer, y viniendo de la soledad y tranquilidad de pequeñas poblaciones y la montaña, no me gustó la población. Caminaba por calles muy concurridas al anochecer y con demasiadas construcciones modernas, que comprimían el valle de la Tiretaine y el río que descendía de la planicie granítica del valle de Monts Dôme. El río formaba gargantas pintorescas con cascadas resonantes y algunas edificaciones y balnearios conformaban un estilo de antiguas mansiones de construcción barroca a lo largo de la pendiente. Desde el parquin escuchaba el tintineo zen del agua.





El calor del día había dado paso a una noche tormentosa y el repiqueteo de la lluvia sobre el techo de la autocaravana era hipnótico, fue un sonido continuo y rítmico a lo largo de la noche. A la mañana unas nubes blancas y espesas cubrían el cielo y descendí a un barrio, a 2 km de Clermont, donde encontré un estacionamiento al lado de un desierto balneario. Había otras autocaravanas en un parquin tranquilo y con árboles que hacían sombra.

Poco antes del mediodía marché a la ciudad. Según pasaba el tiempo, y el sol ascendía, se hacía el día gradualmente más brillante y caluroso. Hasta la gran ciudad había una buena caminata, pero no me sentía cansado de la marcha montañera del día anterior. La entrada al núcleo histórico la realicé por el boulevard Charles de Gaulle, donde los turismos habían dejado paso a los tranvías. Las principales cadenas comerciales, de todo tipo, abrían sus puertas a esta importante arteria que me llevó a una gran plaza que ardía de calor. La Place de Jaude, compuesta por una gran explanada de basalto y granito, ofrecía un espacio donde florecía una línea de agua de 26 fuentes y juegos florales de magnolias, tulipanes y coloridas piedras en grandes jardineras. El agua fluía con deleite y refrescaba el ambiente con juegos húmedos que susurraban o caían en cascadas, donde las perlas de sus gotas rebotaban sobre la piedra de lava y los ornamentos de las plantas. A media tarde vendría a descansar a este lugar.





Con sus numerosas terrazas de cafés y restaurantes, la Place de Jaude es el corazón de la actividad de la ciudad, monumentos, estatuas, grandes almacenes y cines la circundaban. También en este lugar se realizan conciertos, festivales o manifestaciones reivindicativas. Dominaban el centro de la plaza las grandes esculturas del caudillo galo Vercingétorix, que consiguió la única victoria gala sobre Cesar en la cercana Gergovie y Desaix, general fiel de Napoleón.

Pasada la Place de Jaude, al fondo de una recta y estrecha calle, se vislumbraba la fachada de la Catedral N-D de L'Assomption, uno de los dos principales objetivos de mi visita a Clermont-Ferrand. La imponente catedral de Notre-Dame-de-l'Assomption domina la ciudad desde lo alto de sus casi 100 metros de altura, y construida con roca volcánica, es la catedral de piedra de lava más alta de Francia. Lo primero que llama la atención era su color negro, debido al uso de esta piedra utilizada para su construcción.

La resistencia de esta roca, fuera de lo común, permitió un cambio radical arquitectónico al posibilitar la edificación de delgados pilares y bóvedas a gran altura. En 1866 Viollet le Duc (el restaurador de Carcassonne y Notre Dame de Paris) levantó las dos agujas que la elevan sobre la ciudad, haciéndola destacar en la distancia y también desde la cima del Puy Dôme.

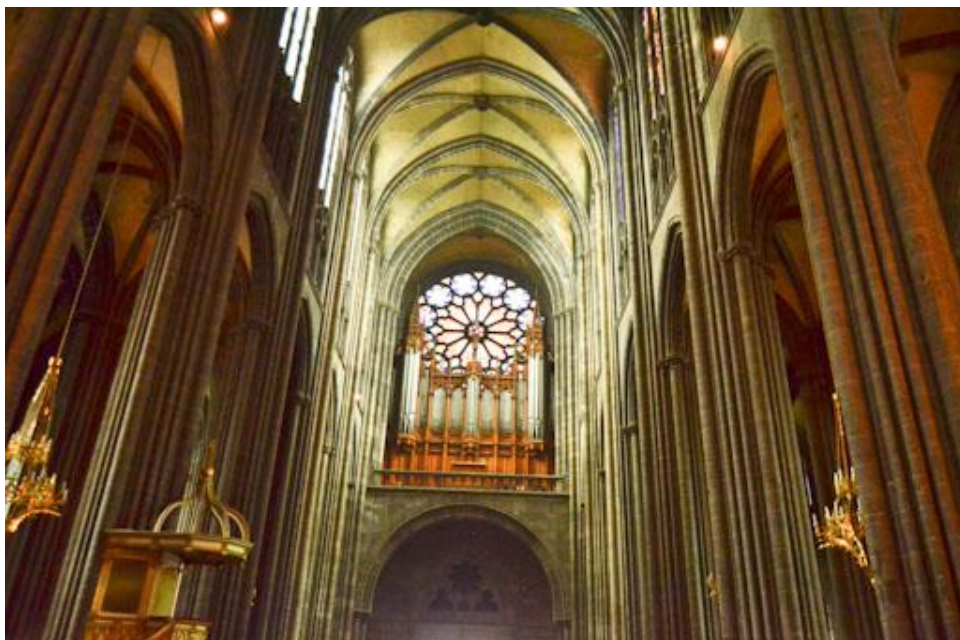


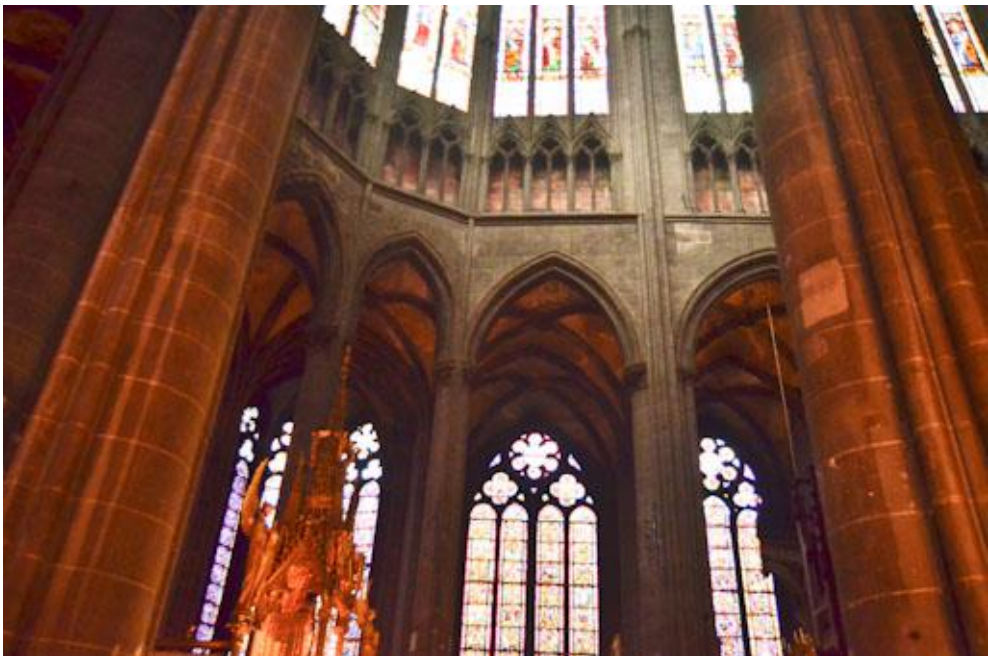


Me costó un buen rato que los ojos se acostumbraran a la oscuridad del interior de la catedral. Altas columnas con arcos regulares y amplios sostenían las bóvedas que parecían querer remontarse a los cielos desde la oscuridad ambiente. Atravesé galerías y pórticos oscuros donde la luz se filtraba a través de las vidrieras de múltiples colores emplazadas en las estrechas y altas ventanas que había en ambos lados. La oscura roca volcánica hacía resaltar las vidrieras en tonos azules y rojos del s.12 al 15. Parece que, por influencia del Rey San Luis, la elaboración de las vidrieras se realizaron en el mismo taller que las de la Sainte Chapelle de Paris.

En la fachada sur se abría la gran Place de la Victoire, que permitía observar la singularidad de su arquitectura exterior con sus largas hileras de ventanas ojivales y campanarios coronando el montículo del centro histórico de Clermont. En esta plaza se hallaba la oficina de turismo junto a comercios turísticos, restaurantes y terrazas.





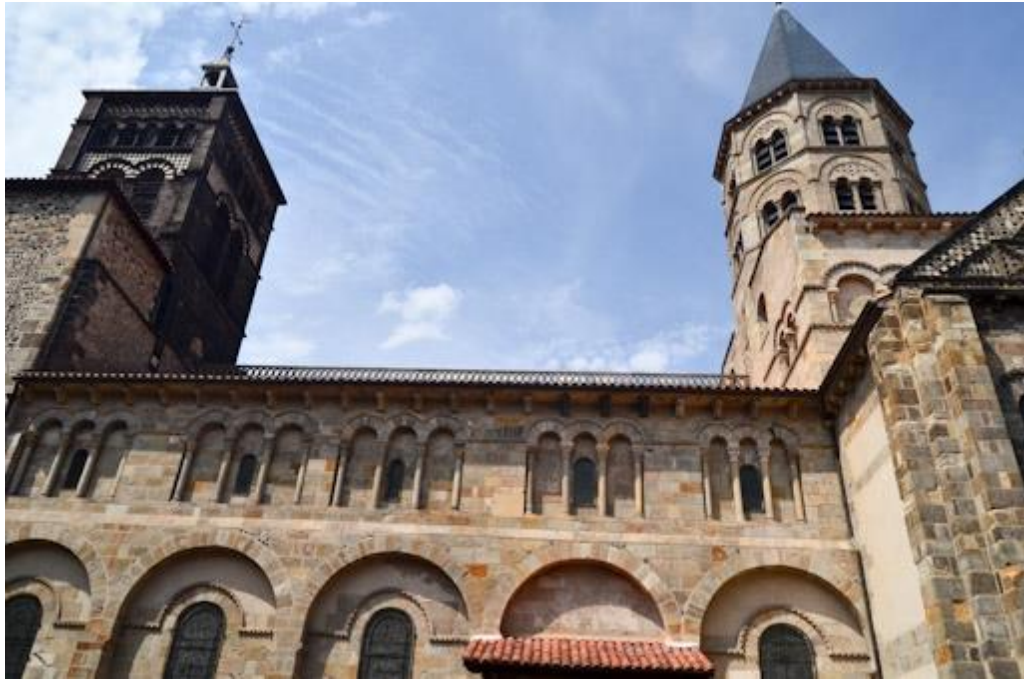




A corta distancia se localizaba la otra gran iglesia de Clermont, y una de las principales iglesias románicas de Auvernia, la basílica de Notre Dame du Port. Construida con una excepcional unidad de estilo, en el s.11 y 12, era el polo opuesto a la Catedral, tanto por su estilo románico como por el material de piedra blanda y clara de su obra. La iglesia ocupaba casi toda la plaza y se hallaba en un plano inferior con su hermosa edificación, de puro románico de auvernia, que presentaba una diversidad de decoraciones y formas sencillas que dotaban de armonía al conjunto.

En el interior rezumaba esa impresión de una arcana melancolía que me transportó a los encantos del arte románico, con una forma, una emoción, los ecos de una actividad anterior en este mismo lugar que parecía brillar con una luz singular. Una luz cálida, que penetraba por ventanas o iluminaba con luces ocultas por todo el interior, envolvía con un aire diáfano los colores ahumados y amarillentos irradiando la viveza sutil e inspirada que se abría ante mis ojos. Las columnas, tan elegantes y sencillas, parecían perfectamente concebidas para sobrellevar el peso del inspirado techo.

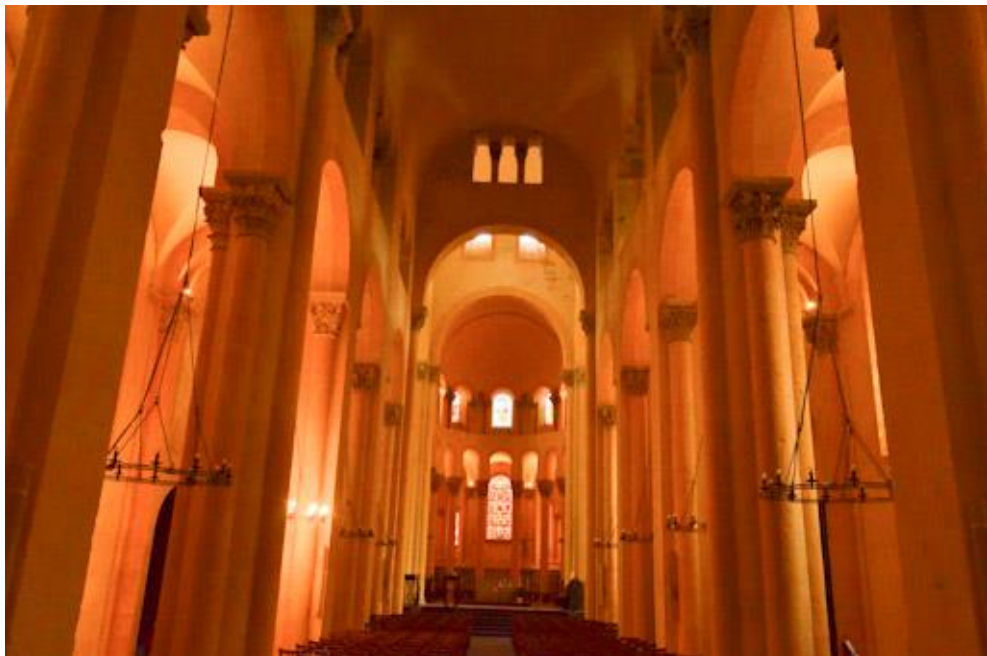




Me asombraba que conservase su elegancia original y la pátina de la juventud aun floreciendo en estas antiguas piedras y en los capiteles profusamente esculpidos de hojas, caballeros y personajes bíblicos. En la cripta se elevaban arcaicas columnas, encendidas por una luz débil de focos, que apenas iluminaban la bóveda de rustica piedra y las gruesas paredes de los muros. Las luces de las velas oscilaban iluminando una virgen negra.

La iglesia Notre Dame du Port está catalogada como patrimonio de la humanidad y forma parte de la ruta del camino a Compostela. En 1095 fuera de está, en la plaza Delille, el Papa Urbano II predicó la primera cruzada ante una multitud que acogió sus proclamas al grito de "Dios lo quiere".











Pasé un día solitario vagabundeando por las calles de la ciudad. En las calles que rodeaban la iglesia había pequeñas tiendas en las que se vendía todo tipo de alimentos, también había anticuarios, libreros y galerías de arte. En domingo las persianas aparecían bajadas y las paredes resaltaban con grafitis o murales más o menos imaginados. Los edificios tenían aquí una forma más sencilla, con fachadas mucho menos adornadas que las que había visto antes y el color negro u oscuro denotaba el tipo de piedra volcánica con las que se habían construido. En la Rue Pascal (Clermont es la ciudad natal del famoso matemático y filósofo Blaise Pascal), así como en calles de Gras y Chaussetires, descubría elegantes mansiones y bonitas fuentes de piedra oscura volcánica. Caminé desde las estrechas calles peatonales de la Edad Media a los bulevares de los s.18 y 19 que se abrían a plazas, en un viaje entre ambientes medievales y contemporáneos descubriendo mansiones, fachadas sencillas o elaboradas, balaustradas y torretas. Al final, descansando al atardecer en la Place de Jaune, los tañidos del campanario de la Catedral me recordaron la hora que era y sentí de golpe todo el cansancio del día. Regresé a la autocaravana arrastrando los pies con languidez. En conjunto Clermont me pareció interesante pero una capital grande e industrial poco consecuente con lo visitado de la rustica Auvernia, pero también lo suficientemente pequeña para pasearla sin estrés.











CHAURIAT



Era otro cálido día de verano de cielo turquesa. Salí a la luz de la mañana y me dirigí a Thiers, haciendo algunas etapas. Era lunes y enseguida quedé atrapado en los atascos y las obras de la "rocade" de Clermont Ferrand, y que volvieron loco al GPS. Atravesé el río Allier, por la ciudad de Pont du Château, y continué viaje rodeado del verdor de los campos sembrados de cultivos y las villas dispersas por un paisaje en calma. Deslumbrado por el resplandor llegué a Chauriat, era un día ardiente.

El pueblo consistía en un puñado de casas de piedra que se apiñaban al pie de la iglesia St-Julien. Las calles serpenteantes e irregulares estrechas y sombrías, que pese a la excelente restauración una vida antigua se respiraba en la población. Además el casco antiguo albergaba pequeñas callejuelas inclinadas y casas medievales burguesas, de arquitectura tradicional con el uso de una piedra rubia local. Los restos medievales (torre y puertas) del antiguo bastión del pueblo se hallaban rodeados por las antiguas casas de los viticultores. Plantas aromáticas en las aceras con hileras de enredaderas o rosas trepando por las fachadas de piedra de las casas, daban a esta pequeña población un encanto muy meridional.







En la Edad Media Chauriat fue una ciudad bien protegida por sus murallas y rodeada de zanjas llenas de agua con peces, donde sus habitantes podían pescar en ellas. Todavía se adivinaba las fortificaciones de la época medieval, incluidas la 4 puertas desmanteladas y vendidas en subasta en 1805. Algunos de los fragmentos de murallas aparecían decorando fachadas de casas y calles.

La iglesia de Saint-Julien poseía una original marquetería de piedras policromadas dispersas por su fachada, formando mosaicos representando rosetones y diferentes patrones geométricos. Construida en el s. 12, es un ejemplo fino de arquitectura románica de Auvernia e influencia cluniacense con un campanario octogonal, una cabecera ambulatoria y capillas radiales de tres lados. La puerta permanecía cerrada y no pude visitar su interior. Había leído que poseía gruesos pilares adornados con bellos capiteles decorados de hojas o imaginería histórica religiosa y poderosos arcos románicos sujetando la alta cúpula octogonal. Marché pasadas las 12,30 y el calor, con el comienzo de la tarde, iba aumentando.







CHAS



Conduciendo por un paisaje profundo y diáfano apareció la silueta armoniosa de Chas, bajo un cielo despejado y un sol inmisericorde, enrollada al pie de su iglesia románica y desplegando sus restos medievales. Paseaba por calles, donde reinaba un orden sin vida, disfrutando de la simplicidad del momento.

El pueblo, al igual que otros visitados anteriormente, era característico de la organización medieval de un pueblo de campiña amurallado con viviendas de agricultores bien conservadas, la plaza con la fuente y en su conjunto conservaba restos de fortificaciones y puertas. Destacaba una gran casa fortificada del s.14 equipada con una torre de la que había desaparecido los elementos más imponentes del castillo, como la torre del homenaje circular y la torre de la puerta norte, cuyo rastro aún se puede ver en parte del lienzo de la muralla.





El acceso se realizaba por una puerta sobre la que se elevaba una torre con una espadaña. Aquel portón llevaba a callejones con un conjunto de pequeñas construcciones y galerías ordenadas desarrolladas para usos agrícolas, principalmente relacionadas con la viticultura. La iglesia de Saint Martin, de origen románico pero remodelada en el siglo XIV, ocupa el centro de la elipse formada por las murallas y una vez estuvo bordeada por el cementerio cuya ubicación forma una pequeña plaza al sur. Edificios de la época medieval, que formaban parte del antiguo priorato pero posteriormente remodelados, la rodean y la casa fortificada se encaraba al pórtico.

Situado en un valle de la Limagne des Buttes la aldea de Chas, cuyo nombre tiene orígenes latinos (casa), se menciona por primera vez en 990, cuando la iglesia de Saint-Martin es entregada al priorato de Sauxillanges por el obispo de Clermont. El primer señor conocido fue Jean Gouge de Charpaignes, tesorero del duque de Berry y hermano del obispo de Clermont. Su hija Juana se casó con Jacques de Montmorin en 1421 y le trajo como dote el señorío, que permaneció en esta familia hasta principios del siglo XVIII. El último señor, Durey de Noinville, emigró durante la Revolución y su propiedad fue confiscada y vendida como propiedad nacional



